

DOMINGO 12 T.O. CICLO B (21 de junio 2015)

Este domingo el evangelio nos recuerda una evocadora narración de rescate marino. No podemos dejar de pensar en el Mediterráneo de hoy convertido en el Mare Mortuorum (Mar de muertos), donde exiliados de guerra e emigrantes por miseria son ahogados por causa de nuestro estúpido, miserable y cobarde miedo ante la infame y devastadora pobreza desatada por nosotros mismos. ¡Qué miserables somos!

VER

I. En los últimos quince años más de 22.500 personas han perdido su vida en el Mediterráneo.

Luego de la tragedia de **octubre de 2013**, en la que más de 360 personas murieron cerca de la costa de Lampedusa, Italia puso en marcha *Mare Nostrum*, un operativo naval a gran escala en el Mediterráneo que consiguió salvar decenas de miles de vidas. En **noviembre de 2014**, Italia puso fin, por inviable (le costaba **9 millones** de euros mensuales), este operativo, pues el resto de los Estados europeos se limitaban a observar cruzados de brazos. En ese año se salvaron **155.000** personas.

El *Mare Nostrum* ha sido sustituido por la operación *Tritón*, a cargo de la Agencia Europea de Fronteras (FRONTEX). Su presupuesto es de **3 millones** de euros al mes, y su cobertura geográfica es irrisoria (solo cubre las aguas territoriales europeas, pese a que los naufragios suelen darse en mar abierto.). Lo cual resulta muy lógico, porque la operación *Tritón* no está para salvar personas, sino para controlar las fronteras. La operación *Tritón* solo ha salvado en seis meses a **5.000** personas.

II. "(...) Cuando hace algunas semanas he conocido esta noticia [Habla el Papa del naufragio cerca de Lampedusa]... mi pensamiento ha vuelto a esto continuamente como una espina en el corazón que causa sufrimiento.

Y entonces he sentido que debía venir aquí hoy a rezar, a realizar un gesto de cercanía, pero también a despertar nuestras conciencias para que lo que ha sucedido no se repita, no se repita, por favor.

(...) ¿Quién es el responsable de la sangre de estos hermanos y hermanas? ¡Nadie! Todos nosotros respondemos así: no soy yo, yo no tengo nada que ver, serán otros, ciertamente no yo.

Pero Dios pregunta a cada uno de nosotros: "¿Dónde está la sangre de tu hermano que grita hasta mí?"

Hoy nadie se siente responsable de esto; hemos perdido el sentido de la responsabilidad fraterna; hemos caído en la actitud hipócrita del sacerdote y del servidor del altar, del que habla Jesús en la parábola del Buen Samaritano: miramos al hermano medio muerto en el borde del camino, quizá pensamos "pobrecito", y continuamos por nuestro camino, no es tarea nuestra; y con esto nos tranquilizamos y nos sentimos bien. La cultura del bienestar, que nos lleva a pensar en nosotros mismos, nos vuelve insensibles a los gritos de los demás, nos (...) lleva a la indiferencia hacia los demás, es más, lleva a la globalización de la indiferencia. (...) ¡Nos hemos habituado al sufrimiento del otro, no nos concierne, no nos interesa, no es un asunto nuestro! (...)

Pero yo querría que nos hiciéramos una tercera pregunta: "¿Quién de nosotros ha llorado por este hecho y por hechos como éste?"... ¿Quién ha llorado por estas personas que estaban en la barca? ... ¿Por estos hombres que deseaban algo para sostener a sus propias familias? (...)

Señor, en esta Liturgia, que es una Liturgia de penitencia, pedimos perdón por la indiferencia hacia tantos hermanos y hermanas, te pedimos, Padre, perdón por quien se ha acomodado, se ha encerrado en su propio bienestar que lleva a la anestesia del corazón, te pedimos perdón por aquellos que con sus decisiones a nivel mundial han creado situaciones que conducen a estos dramas. ¡Perdón Señor! (Homilía del **Papa Francisco** en Lampedusa, 8 de julio de 2013).

MEDITACIÓN ATEA A LA VISTA DE ESTA HISTORIA (B. B)

En lo hondo de los valles oscuros mueren los hambrientos.

Tú les muestras el pan y los dejas morir.

Tú que presides eterno e invisible
luminoso y cruel un programa sin fin.

Has dejado morir a los jóvenes y a los que gozaban la vida
pero los que deseaban la muerte, no fueron escuchados...
muchos de aquellos que hoy yacen corrompidos



creyeron en ti, y murieron confiados.

Has dejado que los pobres siguieran pobres año tras año solo porque sus anhelos te gustaban más que tu cielo.

Cuando por desgracia morían antes de que llegara tu luz plenos de dicha morían... y se pudrían al momento.

Muchos dicen que tú no existes y que incluso es mejor así.

Pero, ¿cómo es posible que algo que no es engaño tanto?

Donde hay tantos que de ti viven y de otro modo no podrían morir...

Dime: Comparado con todo eso, que *no existas*, ¿significa algo?

¡En nuestras manos solidarias y nuestras vidas entregadas por los pobres, ¡que es la voluntad de Dios sobre nosotros!, está que los “ateos” no sigan blasfemando el Nombre del Dios vivo!

EVANGELIO (Mc 4, 35-40)

³⁵ **Aquel día, al atardecer, les dice Jesús: «Vamos a la otra orilla».** ³⁶ **Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban.** ³⁷ **Se levantó una fuerte tempestad y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua.** ³⁸ **Él estaba en popa, dormido sobre un cabezal. Lo despertaron, diciéndole: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?».** ³⁹ **Se puso en pie, increpó al viento y dijo al mar: «¡Silencio, enmudece!».** **El viento cesó y vino una gran calma.** ⁴⁰ **Él les dijo: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?».** ⁴¹ **Se llenaron de miedo y se decían unos a otros: «¿Pero quién es este? ¡Hasta el viento y el mar lo obedecen!».**

Las parábolas (leer Mc 4) nos han desvelado el misterioso actuar de Dios en la historia, desvelamiento que solo los ojos de la fe aceptan, dado que la acción divina es pura debilidad aparente, que solo entiende la gente sencilla.

En el texto de hoy se trata de la primera vez que Jesús y sus discípulos van a viajar a una zona pagana (“*pasemos a la otra orilla*”). La misión nos espera.

Pero contra esa intención evangelizadora de “iglesia en salida” hacia el mundo de los “alejados” se levantan grandes dificultades (“*una gran tormenta*”). ¿Qué significa esto?

Para entender este episodio es bueno saber que está escrito sobre el trasfondo de lo que sucedió con el profeta Jonás, modelo de antiprofeta, que no quiere ir donde el Señor le envía, ni decir lo que le manda. Ya sabemos: este profeta no quiso obedecer la orden de Dios de ir a la ciudad pagana de Nínive para anunciarle el castigo: “*dentro de cuarenta días Nínive será destruida*”. La causa de su desobediencia era la siguiente: “*porque sé que eres un Dios compasivo y clemente, paciente y misericordioso, que se arrepiente de las amenazas*”.

¡Qué gran enseñanza la del libro de Jonás para nosotros! ¡Y qué respuesta la de Dios a este Jonás enfadado porque no ha castigado a Nínive: “*¿...no voy a apiadarme de Nínive, la gran metrópoli, que habitan más de ciento veinte mil hombres que no distinguen la derecha de la izquierda, y muchísimo ganado?*”.

Si en el libro de Jonás la tempestad ponía al descubierto la desobediencia de éste por no querer ir a la pagana Nínive, ¿qué pone al descubierto la tempestad que narra Marcos?

Por un lado, aquella mentalidad judaizante con la que tuvo que enfrentarse el apóstol Pablo, y que consistía en obligar a los paganos a circuncidarse, es decir, hacerse primero judíos, si querían ser cristianos. Era una mentalidad contraria a la encarnación salvífica de Jesús.

En efecto, fue la misión a los gentiles –aceptados como tales– lo que desató la persecución por parte de las autoridades judías contra la pequeña comunidad cristiana, que se vio zarandeada como una pequeña barca en medio del oleaje. La pequeña barca fue zarandeada por dentro (luchas entre judeocristianos y pagano-cristianos) y por fuera (persecución judía y romana). Parecía que la barca iba a hundirse sin remedio: “*Maestro, ¿no te importa que perezcamos?*” Y es que Jesús parece dormir, como si estuviera ajeno a nuestras dificultades... Así pensamos también nosotros, como los discípulos aterrados. «*¡Despierta! ¿Por qué duermes, oh Señor? ¡Despierta! No nos rechaces para siempre*» (Sal 44, 23-24).

Otra causa de la persecución fue que los cristianos habían hecho a Jesús igual a Dios (¡pecado de blasfemia para un judío!). En efecto, para el cristiano Jesús no era un profeta más, ni siquiera el profeta escatológico; Jesús era Dios. Y entonces todo cambió. Porque si Jesús es Dios... (¿ **qué sucede en mi vida si de verdad creo que Jesús es Dios...**). Por otro lado, ¿a qué persecuciones nos exponemos hoy, en esta sociedad “democrática”, que acepta, en principio, la “libertad religiosa”, pero no acepta la justicia para los pobres, que es aquello que el Dios Jesús nos conmina realizar? **Pienso en mis persecuciones por buscar la justicia...**

Bendito sea Jesús que vence todas las tempestades (internas y externas) que puedan desatarse contra nosotros: “*El viento amainó y sobrevino una gran calma*”.

Ha de quedar claro que lo más peligroso para la comunidad cristiana no será nunca la persecución de “los de fuera” (a quienes hemos de anunciar el evangelio), sino nuestra propia “falta de fe”, nuestro miedo a seguir al “Jesús del madero” (y no “al que anduvo en la mar”).

A la pregunta de los hombres a Dios (“¿no te importa que perezcamos?”) responde la pregunta de Dios a nosotros (“¿Por qué sois tan cobardes...?”). El desafío a nuestra militancia en medio de persecuciones es el siguiente: ¿Qué va a triunfar, nuestra cobardía o la confianza absoluta en Jesús? Lo medito mirando a Jesús, que parece dormido...

En este relato aparecen al descubierto dos identidades: la de Jesús, Dios mismo en la tierra, y la de todos los discípulos, gente cobarde y sin fe. ¡Qué contraste! Sí, el mayor y más grande milagro de Jesús fue convertir a estos “obreros zoquetes” con sus ideas mostrencas sobre Dios y la misión, en lo que llegaron a ser tras su Resurrección: Apóstoles y Mártires de su Reino, Columnas de la Iglesia, nuestros Padres en la fe. ¡Qué consuelo, pues, para nosotros, cobardes como ellos y de fe pequeñísima, y con nuestras ideas tan estrechitas de Dios!

Así pues, hermanos militantes: “Pasemos a la otra orilla”. Nuestros hermanos obreros nos esperan. ¡Ninguna tempestad torcerá nuestra “salida”! Pero, ¡atención a nuestra mentalidad!

¿Con qué mentalidad evangelizamos al mundo obrero y del trabajo? Si nuestra mentalidad no es obrera no podremos evangelizar a los obreros; una tormenta de incompreensión nos impedirá acercarnos hasta ellos. **¿Cómo evangelizaron Jesús y Pablo?** De ellos hemos aprendido lo siguiente: un obrero no ha de dejar de ser obrero para ser cristiano. Así pues, totalmente obreros y totalmente cristianos. ¡Esta es la mentalidad que cultivamos!

Y Jesús duerme. En la popa. Sobre el cabezal de una barca a la deriva, hundiéndose...
Los discípulos, –valientes pescadores, ellos–, quitaron el timonel de sus manos campesinas.
«Suplentes llevan la barca, oh iglesia, suplentes...»
Y Jesús duerme.

Como un Jonás al revés, Jesús cumple la voluntad de los hombres. Y duerme. No necesitan de él para llegar a la orilla de la rutina de siempre. Y Jesús duerme.

Y el mar iba agitándose ya torbellino de agua y viento sobre la barca... sin rumbo... hundiéndose...

Y las olas del tiempo rompiendo nuestro rutinario actuar de misioneros muertos...suplentes.

Levántate ya, Jesús, coge el timonel, guía a la HOAC en salida, no dejes que nos hundamos en la rutina de siempre. A la otra orilla iremos, Jesús, si tú diriges la barca, porque a nosotros la cobardía nos puede. Cobardes somos y ciegos... bien poca cosa: suplentes.



¿Qué hay que hacer con los “extranjeros”?

«Querido amigo: demuestras que eres cristiano de verdad, un fiel como Dios manda, cuando ayudas a los hermanos, especialmente si son xenoi (es decir, extranjeros, forasteros, peregrinos, extraños)». Esto es lo que está escrito en 3Jn 5.

Nosotros, los cristianos, no podemos oír el término *xénos* (extranjero, forastero) sin que nos de un vuelco el corazón: «fui *xénos* (extranjero, forastero) y me recogisteis» (Mt 25, 35). Jesús en persona es ese extranjero querido al que acoges («cada vez que lo hicisteis con uno de esos hermanos míos tan insignificantes, conmigo lo hicisteis»), pero también ese “indeseable” extranjero al que desprecias: «Apartaos de mí, malditos: ... cada vez que dejasteis de hacerlo con uno de estos tan insignificantes dejasteis de hacerlo conmigo»).

¿Qué hay que hacer con los “extranjeros”? –se preguntan algunos políticos, haciendo alarde de barata xenofobia y de estulticia supina, –el pose serio, eso sí–. Porque esa no es la pregunta, queridos, sino ésta: **¿qué hay que hacer con las personas?** Y entonces la respuesta es clara como el agua: ¡Tratarlas como tales! ¡Millones de euros nos sobran en Europa que no nos pertenecen! ¡Son de los pobres! ¡Esta es la doctrina de la Iglesia que hemos de repetir hasta desgarrarnos los labios!

Tú y yo sabemos que el hombre es lo que importa, no los sábados, ni los templos, ni privilegiados derechos de ciudadanía. Si la justicia establecida nos divide, nos separa, nos enfrenta, entonces es hora de que la bondad solidaria tome las riendas del futuro. Un día **la justicia será planetaria**. En ello estamos los cristianos, a ello somos convocados por el mismísimo señor, llamado Cristo.